

Editorial

Con la asunción en estos días de un nuevo gobierno se despiertan las esperanzas de un nuevo tiempo histórico en el país. Posiblemente, esperanzas postergadas por largo tiempo. Esperanzas de 'tiempos nuevos' que abran los espacios para la construcción de una sociedad más justa y más fraterna. Muchos hablan de mejorar el sistema, otros de optimización del sistema, otros de cambiar el sistema por otro que no provoque marginación.

Un poco de historia: el país nace a la independencia política por un acto decidido por un pequeño grupo de personas: quienes firmaron el acta de la independencia en Guatemala el 15 de setiembre de 1821 fueron los principales terratenientes de entonces, que proclamaron la independencia 'para prevenir las consecuencias que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo'.

Surgió así un país hecho a medida de las clases que detentaban el poder político y económico, sean conservadores o liberales. El siglo XIX contempló cómo paulatinamente estas clases fueron concentrando la riqueza de ese entonces: las tierras cultivables. Pronto, el café fue definiendo intereses y la oligarquía cafetalera se apropió del país y de las tierras disponibles, aún a costa de las tierras ejidales o comunales. La oligarquía fue conformando un país a la medida de sus intereses.

El siglo XIX vio la consolidación del modelo, con nuevos y antiguos apellidos. Así, los intentos de conformación de la identidad nacional, de creación de espacios para la participación, de lograr acuerdos sobre el modelo de nación y de definir las formas de relacionarse para producir fueron naciendo condicionados por el modelo impuesto y aceptado.

La participación de las mayorías en los beneficios del sistema fue postergada en aras de un modelo que beneficiaba a pocos, pero al cual no se le encontraban alternativas. La necesidad de horizontes más amplios y de justicia fue sofocada por las clases que detentaban la totalidad del poder. Los reclamos y las exigencias se hicieron evidentes y tomaron fuerza a mediados del siglo XX, y se concretaron en grupos civiles, sindicales, guerrilleros, políticos. La década de los años 70 despertó con una gran efervescencia popular: manifestaciones, asociaciones, huelgas, sindicatos, 'bloques' y alianzas fueron la expresión de esta efervescencia y de este reclamo de justicia.

La falta de capacidad de los gobiernos de turno y el egoísmo de las clases que se negaban a perder los privilegios y a compartir la riqueza, y las inmensas desigualdades, encontraron expresión en una cruenta guerra civil. Entre los

años 1980 y 1992, el país se desangró en una violencia que no había existido nunca antes en su historia. Y la imposibilidad de ganarla derivó en la búsqueda de acuerdos que le pusieran fin.

En 1992, la firma de los Acuerdos de Paz abrió las puertas a la esperanza de un país que fuera al encuentro de las soluciones de lo que había ocasionado la guerra. El Salvador se había hecho famoso en el mundo por su guerra, y siguió siéndolo por la forma ejemplar de ponerle fin. Se abrió nuevamente el espacio para la construcción de un país sin marginaciones.

Los 20 años de gobierno del derechista partido Alianza Republicana Nacionalista, sin embargo, no colmaron las expectativas y provocaron la desilusión de quienes veían mantenerse las causas de la guerra: la exclusión de muchos de los beneficios del sistema y mantenimiento de los privilegios para unos pocos.

Fueron 20 años de una democracia restringida: quedó en evidencia en esos años el sometimiento del poder político al económico, el traslado de la fuente de riqueza al sector financiero, el manejo de los medios de comunicación por parte de los sectores que detentaban el poder, la distribución sectorizada de la riqueza, la polarización política partidaria, el descrédito de las instituciones públicas y su uso partidista, la ausencia de utopías, la falta de control de la comunicación pública, el acceso restringido a la satisfacción de las necesidades básicas, la aplicación sectorizada de la justicia, la corrupción política y jurídica.

Es en este contexto que decimos que 'se despiertan las esperanzas de un nuevo tiempo histórico en el país'. Se abre un nuevo ciclo: por primera vez un gobierno de izquierda asume el poder político desde el Ejecutivo.

El debate ahora se centrará, sin duda, en los resultados. Son muchas las áreas que esperan soluciones inmediatas. La seguridad pública, la conservación del empleo, la generación de nuevos empleos, la participación política, el acceso a la educación y a la vivienda, la despartidización de las instituciones públicas, la búsqueda del bien común como motor de la actividad política, la transparencia institucional, la participación de todos los sectores en las riquezas producidas. En fin, la dignificación de la vida.

El debate se centrará, sin duda, también, en los horizontes sociales: un 'nuevo ciclo' implica la superación de las contradicciones del sistema social atendiendo especialmente a los marginados, por medio de reformas paulatinas que lleven a la atención de las necesidades, optimizando paulatinamente el sistema; o, más bien, implica un cambio de sistema, provocando espacios justos para la participación de la riqueza y la toma de decisiones, favoreciendo

la participación sin privilegios de todos los sectores sociales, por medio de cambios profundos que lleven a proponer un nuevo modelo de país, nuevas instituciones, nuevas formas de concebir la democracia y el diálogo político y de distribuir la riqueza, basado en la inclusión y en la justicia.

La disyuntiva que se abre con este 'nuevo ciclo' es 'humanizar el sistema' o cambiarlo; o bien, responder a la cuestión acerca de hasta dónde deben llegar los cambios. El límite entre 'reforma' y 'revolución' puede ser impreciso. Cualquiera que sea el camino, sin embargo, que adopte el nuevo gobierno, deberá responder a las necesidades insatisfechas que ocasionaron el deseo de cambio, bajo cuyo lema se presentó durante la campaña el nuevo gobierno.

Cualquiera que sea el camino que elijan quienes ahora toman las decisiones, debe tener como fin último y cercano el bien común. Esperemos que los hechos confirmen las promesas.

Julio 2009